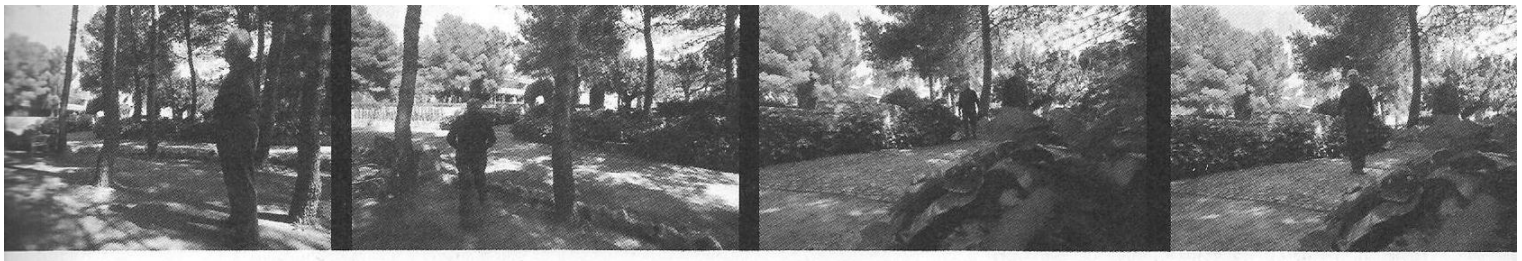
GUADALIMAR ***REVISTA DE LAS ARTES***: AÑO X/ N.79/ Mayo-Junio 1984 / Madrid /pág. 29-31



Dos exposiciones en Valencia

Con FRANCISCO LOZANO en su estudio de Bétera

Miguel Fernández-Braso

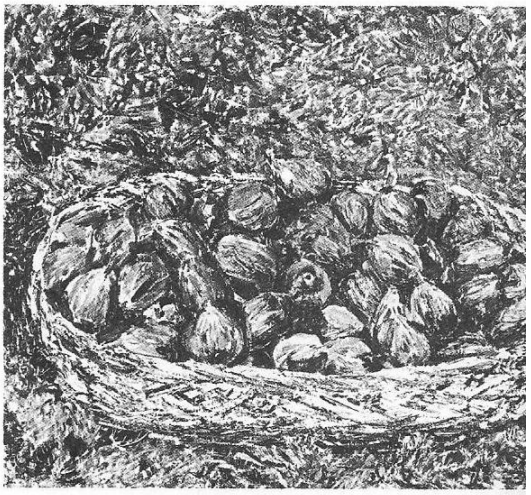
Dos cuidadas muestras de Francisco Lozano acaban de inaugurarse en Valencia: una de óleo en Galería Theo y otro de pinturas sobre papel en Galeríacuatro. Ofrecemos a nuestros lectores un texto de Miguel Fernández-Braso sobre la personalidad y la obra del gran pintor levantino.

Posee algo de patriarca vital y deportivo, de pelo luminosamente gris y de palabra reposada y cautelosa para no penetrar en zonas que alcen la irritación o confundan al dialogante. Es educado sin perder su aire espontáneo y el sentido del humor, tarea que exige un natural equilibrio y un evidente talento. Hay educados que son aburridamente tontos por su rigidez y su esquematismo a unas reglas impuestas. Defiendo la educación emanada del buen gusto personal, no la desprendida de unas normas de urbanidad, casi siempre cursis y despersonalizadas.

Francisco Lozano es una criatura de un señorío que puede parecer antiguo y que en realidad es clásico, es decir, permanente, alejado de circunstancias de moda que se disuelven en un corto espacio temporal sin dejar huella ni apenas sustancia.

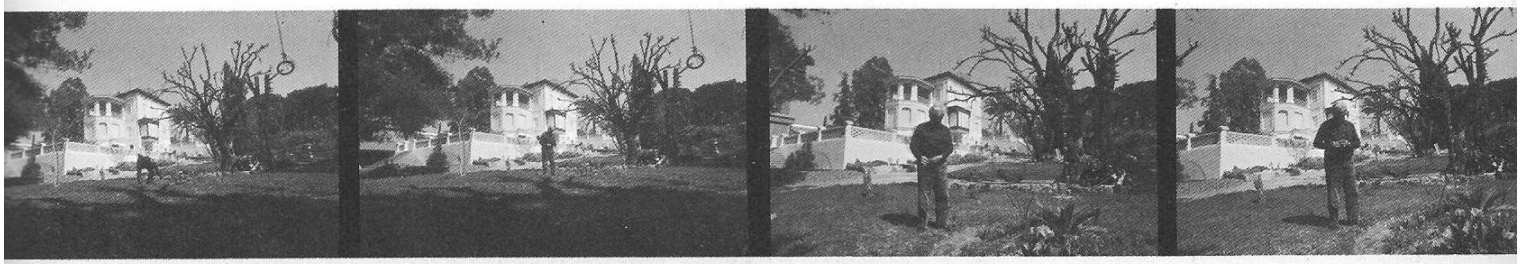
A Lozano hay que observarle en su verdadero ambiente, en su casa de Bétera. Cada hombre tiene su marco vital donde se mueve con la espontaneidad creada por sí mismo. El pintor, en esta casa cercana a Valencia, ha cuidado los detalles precisos para su desarrollo personal y, naturalmente, pictórico.

Quise ir a Bétera para entrar en su ambiente de cada día, para inflar los pulmones de la curiosidad en su atmósfera vital, en su clima cultural, en su íntima geografía humana. Las personas son más fieles a sí mismas, más íntegras y espontáneas en su mundo diario. Quizá lo mejor sea buscar al hombre por los caminos de su rutina laboral y sentimental. Creo que en nuestra vida influye todo, hasta los pequeños objetos que nos acompañan en nuestro cuarto de trabajo. Un individuo fuera de su marco habitual, arrancado del escenario que tiene pateado, medido y controlado, es posible que nos resulte un tanto falso, que nos dé una imagen un tanto descentrada y exagerada en algunos rasgos. Francisco Lozano, en Bétera, vive apartado del nervioso trajinar de la gran ciudad. Participa de las ventajas culturales y sociales de estar a unos kilómetros de Valencia, pero encuentra en esta casa-paraíso, entre naranjos y matorrales encendidos de sol, el reposo necesario



para la creación. El último día que estuve en Bétera, un sol cálido y generoso era el animador de la naturaleza, que se desesperezaba de tibiezas meteorológicas. En la lejanía, sin embargo, se notaba una suave flotación de dulce neblina que empañaba el horizonte.

Lozano es un levantino gozador del detalle, con la pauta precisa para saborear cada cosa, con orden mental para no interferir el acabado de lo ya iniciado. Su personalidad se refleja en los objetos populares que ha colocado en su estu-



dio, buscando siempre la significación y huyendo del recargamiento. Su personalidad se muestra igualmente en un buen gusto y medida para comer y beber, en el refinamiento sin ostentación de lo pequeño... Lo rutinario y vulgar se puede elevar a cierta categoría cuando se consigue dar un toque de gracia personal.

«Los grandes pintores suelen ser grandes solitarios»

Esta casa de Bétera es como un paisaje particular, como un coto cerrado de belleza, como una síntesis de la naturaleza ardiente del Mediterráneo. No se trata de un jardín blando y cursi, sino de un lugar de vieja arboleda donde se fomenta la vegetación del lugar. No necesita Lozano salir a los caminos para encontrar floración y cruces de luz: a la mano de su mirada los tiene. El pintor sale con frecuencia al campo en busca de la soledad resonante del paisaje, de los páramos quemados de sol y de las dunas secas y ocrientas. Lo demás— el bodegón y el perfil floral, la tierra esponjosa y la arista de la luz— lo encuentra a domicilio.

Pasear con Francisco Lozano por tierras levantinas es un recreo y un ancho gozo para la sensibilidad.

—Fíjate en aquel matorral, mira los amarillos que relampaguean, observa aquellos violetas tenues...

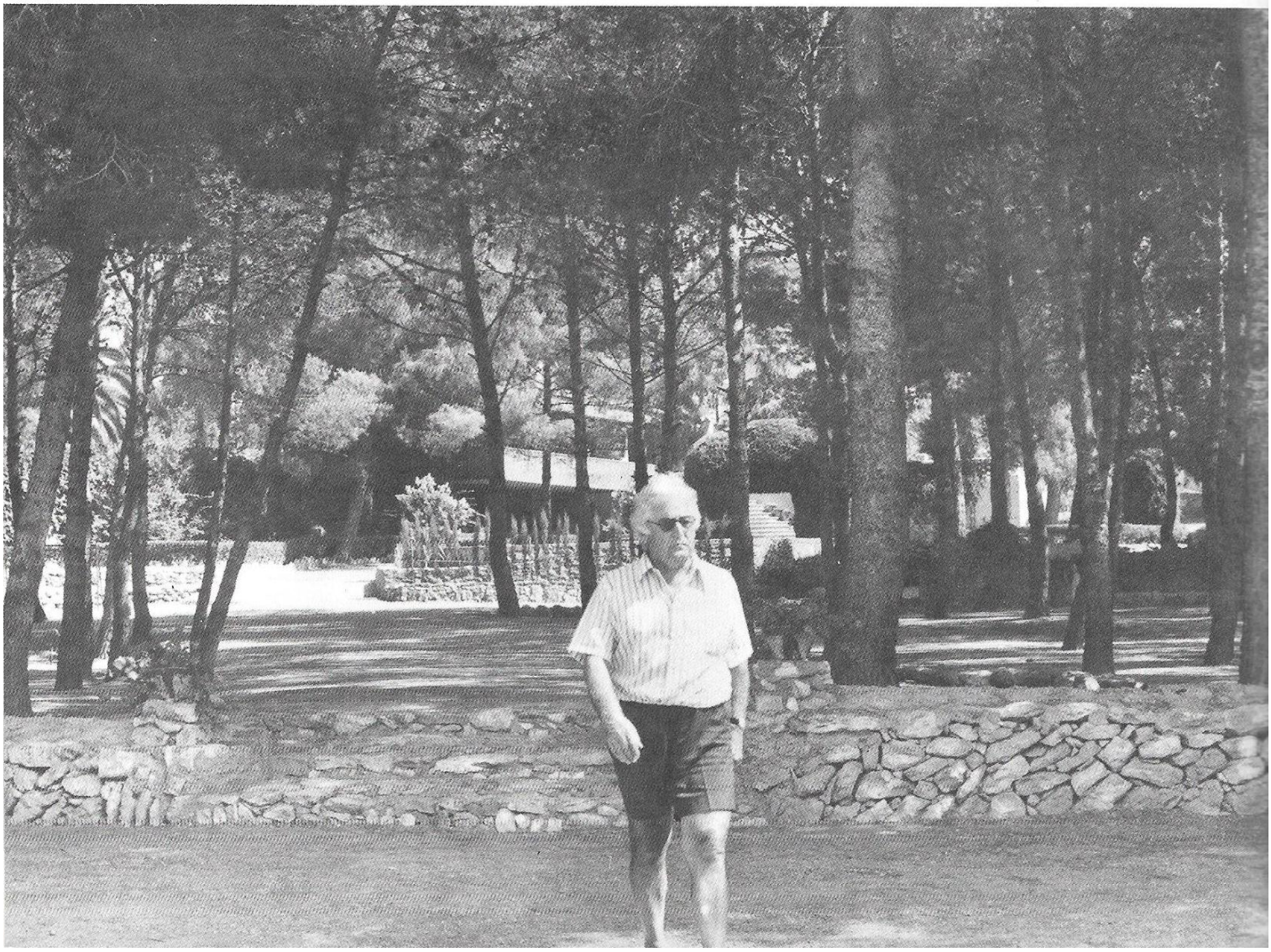
El pintor nos muestra sus cuadros antes de pintarlos, nos enmarca con el grafismo de su mano un fragmento de naturaleza que se ve ya palpitando en un posible lienzo.

—He tenido que emplear severidad y rigor frente a una geografía pictórica tan vilipendiada como la levantina. Tuve que buscar, después del tropel de imitadores de Sorolla, **una esencialidad y establecer una razón de cautela, hallar lo que podía haber de azoriniano. Esto ha sido mi labor por espacio de unos cuarenta años. He procurado dejar claro que el color debe desvincularse de su pura razón óptica. El color ha de quedar en razón de su expresividad. No se puede encomendar a los ojos una función directora, sobre todo cuando se pinta una claridad enloquecedora, como sucede en Levante. Si no se tiene esto en cuenta, el fracaso se encuentra próximo.**

Soy testigo presencial de que Francisco Lozano posee una retina privilegiada. Es maestro que enseña a ver lo que está presente, y yo diría también, lo que permanece ausente para nuestros ojos. Sí, creo que ve más de lo que percibe nuestra mirada. Lozano arranca el hálito oculto de un panorama, eleva a categoría de alto lirismo lo que para nosotros no pasa de espectáculo común y quizá monótono.

—Cuando paso algún tiempo sin pintar, por algún viaje o algún problema de salud, me entra una angustia creciente que sólo es posible calmar con la pintura. A veces es necesario también descansar, pero la actitud ideal del pintor es entregarse a su pintura.

Lozano pinta del natural, en medio del paisaje, compone el lienzo con su personal temperamento artístico y a veces



parece como si el cuadro se situara en las márgenes de la irrealidad.

—Los grandes pintores suelen ser grandes solitarios. A mí, personalmente, me encanta la soledad del campo, los árboles, los grandes páramos mediterráneos, los paisajes del interior...

«No quiero que el cuadro se me barroquice»

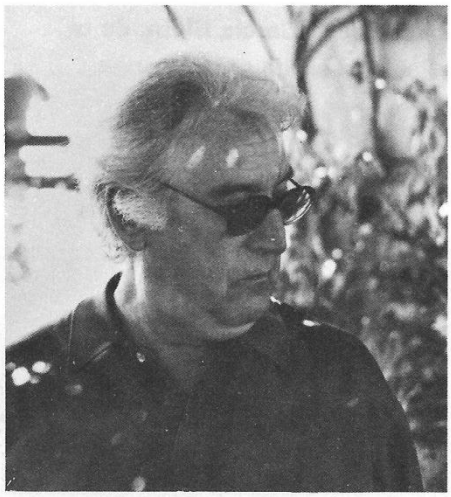
Parecen cuadros de primavera infinita, cuadros de vegetación joven, cuadros enriquecidos de clamores de luz. Son una fiesta de color las telas de Francisco Lozano. Sin embargo, a pesar de esta ofensiva del color, no consigue ahuyentar una cierta bruma melancólica. Sus amarillos —amarillo siega, amarillo vivo de amanecer, amarillo de sol descendente— son un canto al optimismo con algunos matices lánguidos. Es la suya una abundante paleta de colores encendidos: verde de hierba adolescente, azules de cielo sin tormenta, rojos de vida sin letargo, pálidos de indecisión. Lozano mancha el lienzo con instintivo sentido del equilibrio. El color es para él la difícil distribución del dibujo.

—Sí, el rigor, la claridad, el orden... son mis preocupaciones mayores en esta etapa. Levante es para mí la medida y el orden, pero con gracia. No quiero que el cuadro se me barroquice y se diluya. Para mí el paisaje es un juego de sensaciones que hay que distribuir con cautela.

Se nota que Francisco Lozano pasea el paisaje antes de pintarlo.

—Me interesa la sorpresa, el impacto momentáneo, la sugerencia de un día. Lo importante es procurar ver el mundo, todo lo que nos rodea, como si fuera algo nuevo, como si lo acabáramos de descubrir.

Francisco Lozano se acerca al paisaje con estremecimiento. Este estremecimiento infunde a su pincel color y calor humanizados. Estos panoramas solitarios, nítidos, sin polvaredas ni señalizaciones de atención son la descripción serena y meditada de unas tierras muy tratadas en telas y cuartillas. Conseguir una interpretación personal, absolutamente personal, es ya meritorio. Me interesan las atenuadas claridades que consigue el pintor levantino. Y las sorpresas de la luz, el centelleo del color, los tonos que parecen improvisados y que se han impuesto en el cuadro. Algunos de sus lienzos parece que sólo los protagonista la luz. Luis Rosales ha cantado sus telas y ha hablado del «aire inerme» que «se quema sin arder».



Tierras sin labrar y sin caminos en sombra, casas rojizas envueltas en verdes y amarillos, la barca solitaria y prehistórica, el Levante austero que no pierde su mediterránea paganía, las dunas rosadas, el paraje calcinado por el sol, la luminosa soledad de las matas silvestres. Todo esto, y otras panorámicas que parecen tratadas con polvo volcánico, componen las telas de Francisco Lozano.

—La pintura me gusta que tenga problemas; yo mismo me creo problemas. No quiero repetir fórmulas que tengo bien sabidas. Huyo de ser un pintor habilidoso que todo lo resuelve sobre la marcha. Todo proceso de habilidad lleva a la nulidad.

Su pintura ha desembocado en una sorprendente destilación de gravedad, en un sabio equilibrio entre concepto y sentimiento, en una gran distancia personal de cualquier paisajista. La obra de Lozano está pintada con gozo —y eso se advierte—, disfrutando del horizonte y el matiz del color. En estado de permanente enamoramiento que siente por el paisaje le lleva a cuidar las formas, a mimarlas, a imprimir una palpitación dialogante. ■